

embargo, puedo decir sinceramente que jamás he vuelto á leer los pasajes más populares de mis obras, sin ver con pena lo mucho que distaba la ejecución de las exigencias de mi pensamiento. El dice que *Thalaba* es igual ó superior al *Orlando furioso*, y, que es el poema más grande que ha visto la luz durante los siglos; y esto una y otra vez, cuando nadie le leía y cuando los ejemplares estaban hacinados en los desvanes de los libreros. Su *Historia del Brasil* debía ser inmortal, y una mina de oro para su familia, á favor de una reforma de la ley de propiedad literaria. Su *Guerra Peninsular*, de la cual nunca pude concluir el primer tomo, debe vivir siempre. Para hacerle justicia, tenía una hermosa grandeza viril en cuestiones de dinero. Su conducta con Chatterton y Kirke White, en tiempos en que una guinea significaba algo para él, fué honrosísima. Pueden perdonársele por eso muchas cosas.

Macaulay conocía poco las obras de algunos de los mejores escritores de su propia generación. No gustaba de luces nuevas, á menos que hubiesen sido encendidas en los antiguos faros, y prefería un autor de tercer orden, formado con sujeción á un modelo reconocido, á un hombre de genio, cuyo estilo y procedimientos se apartara notablemente de cuanto había existido antes. En libros, como en personas y lugares, no amaba más que aquello á que se había acostumbrado desde la infancia. Muy pocos de los lectores de Macaulay habrán descubierto la intensidad, y á veces (hay que confesarlo) la obstinación de sus tendencias conservadores en literatura, porque, con el dominio instintivo de un gran artista, procuraba que no transpirasen en sus escritos. En calidad de crítico responsable de sus afirmaciones, se abstenía cuidadosa-

mente de expresar prejuicios á que libremente se entregaba como lector. Esas prevenciones á nadie perjudicaban más que á él; y el castigo que sufría por la naturaleza misma de las cosas, era exactamente proporcionado á la falta. Ser ciego para los méritos de un gran autor es un pecado que lleva consigo su pena; y en el caso de Macaulay esa pena era bien dura. Por poco que él lo echara de ver, no era privación escasa que un hombre que se sabía de memoria el relato que hace Heródoto de la batalla de Maratón y el que hace Tucídides del levantamiento del sitio de Siracusa, hubiese pasado por la vida sin sentir el transporte que no puede menos de provocar aun en un jacobista el relato que hace Mr. Carlyle de la carga dada en el barranco de Dunbar; que un hombre que paladeaba con tanto deleite el exquisito humorismo de Platón no hubiese saboreado nunca la pintura de la conversación de Coleridge en la *Vida de John Sterling*—pasaje que no cede á nada de su género del *Protágoras* ó del *Banquete*; que un hombre que estudiaba ansiosa y minuciosamente todo lo que Lessing había escrito sobre arte ó Goethe sobre poesía, no hubiese leído la comparación de Mr. Ruskin entre el paisaje de la *Odisea* y el paisaje de la *Divina Comedia* ó su análisis del efecto que produce en la fantasía una larga y continua contemplación del *Campanile* de Giotto.

Grande, sin disputa, era el goce intelectual de que se privaba Macaulay por su resistencia á admitir el valor de nada que se hubiese escrito desafiando los antiguos cánones; pero, por grande que fuese el sacrificio, bien podía hacerle. Con su omnívoro é insaciable apetito por los libros, no había gran riesgo de que pecase jamás por falta de lectura. Breves pasajes, entresacados fortuitamente del último volumen de su

Diario, demostrarán de sobra cuántas y cuán diversas eran las regiones de la literatura por donde podía campar libremente. Hojeé á Filón y comparé su narración con la de Josefo. Es curioso ver la habilidad con que esos judíos, educados en la ciencia griega, exhibían el aspecto filosófico de su religión á los sabios y estadistas paganos y ocultaban la parte ceremonial. Lo inverso exactamente supongo yo que hacían los judíos de orden inferior, que en cierto sentido llegaron á ser directores espirituales de candidas romanas. He leído bastante de *Fray Gerundio*. Buen libro. Los rasgos de costumbre son á menudo interesantes. He leído algo de una novela de *Sport*, cuyo protagonista es un Mr. Sponge. Era un mundo nuevo para mí; así que perdoné la precipitación con que está escrita, y pasé un rato muy entretenido. He leído algo de Tieck: los *Hermanos*, y el prólogo de la edición completa de sus obras. Se queja de que sus compatriotas son tardos para gustar una broma. Debía recapacitar que las bromas de él y de algunos de sus colegas no son cosa de risa. Después la *Vida de sir Walter Scott*. Saqué *Rokeby*, y volví á leerle. Obra pobre, á pesar de que no faltan sus relámpagos de genio. ¡Qué error poner la escena en primer término, y dejar en el fondo á los actores humanos! En el *Canto* los actores se destacan, como debían, y el Aill, el Tweed y la Abadía de Melrose aparecen en el lugar subalterno que les corresponde. Aun en la *Dama del Lago* el lord Katrine no deja en la sombra á Fitzjames y Rodrigo; pero *Rokeby* es ante todo un poema descriptivo como *Grongar Hill*. No deja de tener fundamento la observación sarcástica de Moore de que Scott quería convertirlo todo en residencias señoriales, desde Edimburgo á Londres. Lei á Eliano por primera vez. ¡Es raro

que fuese por vez primera! Despaché todo el volumen en unas cuantas horas, leyendo á veces el griego y á veces la traducción latina, que me parece más bien escrita de lo usual. Lo más interesante que saqué de esa colección heterogénea de datos es que se decía haber traducciones de Homero en lengua persa é india y que esas traducciones eran cantadas por los bárbaros. Nunca había visto sancionada tal cosa. Imposible no es realmente. Las conquistas de Alejandro debieron hacer que el griego fuese bien conocido entre hombres cuya lengua materna era el persa ó el sánscrito. ¡Pluguiera al cielo que se encontrasen tales traducciones!

Entre los autores con que Macaulay estaba más familiarizado figuran algunos de los grandes metafísicos antiguos y modernos; pero los leía por el placer de admirar lo ingenioso de sus argumentos y la elegancia de su estilo, no por simpatía con el asunto de sus obras. Se inclinaba mucho, en efecto, á la opinión expresada por Voltaire en *Zadig*: «Il savait de la métaphysique ce qu'on a su dans tous les âges—c'est à dire, fort peu de chose.» Pero había otro campo de indagación y discusión por donde nunca se cansaba de vagar. Tenía una predilección marcada por la especulación y la controversia religiosa, y había leído mucho, y profundamente, de historia eclesiástica. Prueban su inclinación á los estudios de esa índole la multitud de notas que llenan los márgenes de libros como el *Juliano* de Warburton, el *Libre Examen* de Middleton, las *Cartas* de Middleton á Venn y Waterland y todo el resto de la cosecha de tratados polémicos que produjo el libre examen. Pero en ninguna parte hay huellas tan numerosas y profundas de su pasión por la historia eclesiástica como en las páginas de las biografías que escribió

Strype de los obispos que representaron un papel principal en la Reforma inglesa. Esos torvos infolios de hace seis generaciones — las vidas de Cranmer, de Grindal, de Whitgift y de Parker — adquieren todo el interés de una narración contemporánea, si se leen con el aditamento de los vivos y variados comentarios de Macaulay. Cuando, al comienzo de la vida de Cranmer, Strype se disculpa por emplear una fraseología que aun en su tiempo era anticuada y extraña, obtenía un fácil perdón de su lector asiduo. Me gusta — dice Macaulay — su estilo rancio. Escribe como persona que vivía con los hombres de una época anterior. Se hallaba imbuido profundamente del espíritu del siglo XVI; y en otro lugar: «Strype era un hombre honrado y un escritor de mucha valía. Quizá ninguna persona con tan escasos medios ha hecho tanto por perfeccionar nuestro conocimiento de la historia inglesa.» Poco después en el mismo volumen, cuando Gardiner aparece por primera vez en escena, escribe Macaulay: «Gardiner tenía muy grandes vicios. Era hipócrita y perseguidor. Pero, en resumen, fué el primer hombre público de su generación en Inglaterra. Tenía, á mi juicio, verdadero amor á su país. Demostró más respeto á los Parlamentos que ningún estadista de aquella época. Se opuso al matrimonio español. Cuando se vió obligado á admitirle, hizo cuanto pudo por poner condiciones que garantizasen la independenciam del reino. Fué un hombre mucho más estimable que Cranmer.» De Latimer dice: «Era el Cobbett de la Reforma, con más rectitud y valor que Cobbett; pero muy semejante á él por la índole de su inteligencia.» A Grindal le declara más de una vez «el mejor arzobispo de Cantorbury desde la Reforma, excepto Tillotson». Realmente, puede afirmarse sobre seguro que en una ú otra parte

de la biblioteca de Macaulay se halla consignado su juicio sobre todos los prelados ingleses célebres ó de alguna notoriedad desde principios del siglo XVI hasta fines del XVIII.

Inestimable es, ciertamente, el privilegio de seguir á Macaulay al través de las páginas de sus libros favoritos, completamente cuajadas de interesantas notas; pero sería una injusticia para con su reputación separar el comentario del texto, y presentarle al público de una manera fragmentaria. Tal procedimiento no daría más que una débil idea de la animación y humorismo de esa especie de conversación seguida que frecuentemente sostiene con su autor durante capítulos enteros. De todos los testimonios que ha dejado de sí, esos diálogos con los muertos son los más característicos. La energía de sus reconvenciones, la cordialidad de su aprobación, la vehemencia desdeñosa de sus censuras, el ahinco con que expresa y reitera sus propias opiniones llegan á tal punto, que á veces cuesta trabajo convencerse de que sus observaciones se dirigen á personas que murieron hace siglos ó quizá decenas de siglos. Pero el autor de una obra que ha sobrevivido vivía siempre para Macaulay. Ese sentimiento de una relación personal entre él y los hombres del pasado aumentaba á compás que los años transcurrían, á medida que se sentía menos dispuesto á frecuentar la sociedad y más inclinado á encerrarse en su biblioteca. Otros hubieran creído solitaria su vida, pero no lo era para él. Mientras tenía un libro en la mano, no le faltaba un compañero con quien reír, un combatiente que estimulase su acometividad, un consejero que le sugiriese juiciosos ó altos pensamientos y un amigo con quien compartirlos. Cuando abría por décima ó vigésima vez alguna historia, memoria ó

novela, cada uno de cuyos incidentes y aun casi de sus frases se sabía de memoria, lo hacía con el placer que todos experimentamos al encontrar á un antiguo camarada, cuya conversación ya sabemos de antemano por donde habrá de ir. No había compañía que él prefiriese, durante su comida ó su almuerzo, á la de Sterne ó Fielding ú Horacio Walpole ó Bowsell; y muchos autores menos distinguidos tenían también el privilegio de animar sus comidas. «Almorzando—dice—he leído la *Islandia* de Henderson: un libro favorito para el almuerzo. ¿Por qué? ¡Qué raros somos! Algunas obras que jamás soñaría yo en abrir durante la comida, me agradan durante el almuerzo, y viceversa.» Al elegir lo que había de sacar de los estantes, se dejaba llevar del capricho tanto, por lo menos, como del discernimiento. Había ciertos malos escritores cuya vaciedad y tontería tenía un dejo especial que era un atractivo irresistible para Macaulay. En Agosto de 1859 dice á lady Trevelyan: «Han venido los libros que mandé al encuadernador, y las cartas de miss Seward se hallan en estado de poder resistir ahora veinte lecturas más.» Pero, en medio de la infinita variedad de obras ligeras con que mataba los ratos de ocio, seguían dominando sin rival en sus afectos *Orgullo y Preocupación* y las cinco novelas hermanas. Ni por un momento flaqueó en su fidelidad á miss Austen. En 1858 apunta en su Diario: «Si pudiese reunir materiales, escribiría una biografía de esa admirable mujer y allegaría algunos fondos para erigirle un monumento en la catedral de Winchester.» Algunos de sus antiguos amigos recordarán lo que se enorgullecía de una corrección que había hecho en la primera página de *Persuasión*, y que él reputaba digna de Bentley, porque, sin alterar una palabra ni una letra,

trueca en cosa llana y perfectamente inteligible un pasaje, que había confundido, ó debe haber confundido á dos generaciones de lectores de miss Austen (1).

Respecto de los sentimientos que abrigaba hacia los grandes espíritus del pasado, nada es posible añadir á sus propias expresiones. El nos ha dicho cuán incalculable era su deuda para con ellos; cómo le guiaron á la verdad; como poblaron su mente de nobles y gratas imágenes; cómo le siguieron en todas las vicisitudes de su vida, consolándole en la aflicción, asistiéndole en sus enfermedades y acompañándole en la soledad, como antiguos amigos que jamás se ven con caras nuevas, que son los mismos en los tiempos de riqueza y de pobreza, de gloria y obscuridad. Grandes como eran la honra y el provecho que Macaulay adquirió con su pluma, todos los que le conocieron saben bien que los títulos y recompensas que conquistó con sus obras, no pesaban nada en la balanza en comparación con el placer que debía á las obras de los demás. Esa convicción ha contribuido en gran parte á la deferencia con que le trataron escritores cuyas ideas sobre libros, sucesos y política pasada y presente diferían mucho de la suya. Se ha dicho con razón que aun al más hostil de sus críticos no podía menos de impresionarle é infundirle respeto su maravillosa devoción por la literatura. Y esa ardiente y sincera pasión por las letras, que ha servido así de escudo á su memoria, fué también la fuente de mucho que admira en su carácter y conducta. La confianza que tenía de hallar ocupación y distracción en los trabajos intelectuales le ayudó no poco á conservar aquella digna serenidad con que afrontó todos los azares

(1) Se trata de un ligero cambio de puntuación.

y mudanzas de su vida pública, y aquel espíritu de plácido y paciente sufrimiento que le sostuvo en los años de salud quebrantada y forzosa reclusión. No sentía necesidad imperiosa de buscar fuera animación y aplauso, teniendo como tenía bajo su techo un manantial inagotable de goces exquisitos. Aquel invencible amor á la lectura, que no hubiera cambiado Gibbon, según declaraba, por los tesoros de la India, era un elemento principal de felicidad en una vida tan feliz como la de Macaulay, una de las vidas más felices que ha podido relatar un biógrafo.

CAPÍTULO XI

1859

Tristes presentimientos. — Excursión á los Lagos ingleses y á Escocia.—Trozos del diario de Macaulay.—Su muerte y entierro.

Cuando empezó el año 1859, parecía poco probable que viniera á alterar ningún suceso el curso tranquilo de la existencia de Macaulay. Sus dolencias, aunque serias, no le abatían ni disminuían el ardor de su interés por el bienestar de los que le rodeaban. Hacia el fin del año anterior, su sobrina Margarita Trevelyan se había casado con el hijo de su antiguo amigo sir Enrique Holland: suceso que causó á su tío satisfacción profunda. Mr. Holland residía en Londres; y, por consiguiente, el matrimonio, lejos de privar á Macaulay de que la mirara como hija, le deparó otra casa donde se encontraba como en la suya. Pero ahora sobrevino una circunstancia muy inesperada que alteró en un momento toda la complexión de su vida. A principios de 1859 ofrecieron á mi padre el gobierno de Madrás. El aceptó el puesto, y se embarcó para la India en la tercera semana de Febrero. Mi madre se